

El imperio de los sentidos según La Ribot, en Ginebra

Alexandre Demidoff, *Le Temps*, 6.9.2018

La artista madrileña firma *Happy island*, jardín de las delicias en el que brillan con luz propia cinco bailarines con discapacidad. Un himno a la libido, más allá del pudor, que podrá disfrutarse en el festival de La Bâtie hasta el 9 de septiembre.

Sueño de una tarde de niebla. Árboles torcidos por el viento a modo de divinidades protectoras. Entre dos tocones, sobre la hierba repentinamente agitada, se besan, se abrazan, se aprietan una decena de chicos y chicas, en grupos de tres, de cuatro, de cinco. Es el jardín de las delicias, la abolición de las reglas de la decencia, una fiesta romántica y caótica, una revolución infantil, una bacanal insular, un himno a la alegría imaginado por La Ribot, artista madrileña afincada en Ginebra desde principios de la década del 2000.

Esta secuencia de vídeo nos mete de lleno en *Happy island*, una fantasía irracional, en cartel en el festival de La Bâtie y en el Théâtre du Grütli de Ginebra hasta el 9 de septiembre. Los intérpretes de este combate amoroso cuerpo a cuerpo son los bailarines de Dançando com a Diferença, compañía radicada en la isla de Madeira. Cada uno de ellos presenta una anomalía, una particularidad física o mental que, lejos de limitarles, se convierte en la posibilidad de una odisea poética. Así lo quiso el portugués Henrique Amoedo cuando fundó la compañía en 2001.

Amar la diferencia, siempre. La postura que se sale de la norma, la que desafía la razón común, la que obliga a utilizar otras claves de lectura. Esa es, desde los años 90, la labor de la bailarina y coreógrafa La Ribot. Es el arte de elegir lo diferente. Ya marcó al público con sus famosas *Piezas distinguidas*, sainetes con un sello formidable que se representaron en teatros, galerías y museos europeos. Conocer a Dançando com a Diferença le ha permitido seguir con su búsqueda del gesto insólito.

Fuga al margen de lo normal

¿Qué es, pues, *Happy Island*? Una fuga, un galope al margen de lo normal, un manifiesto de amor. En una penumbra de club nocturno, el sonido irregular de un piano marca su ley. Al ritmo del feroz teclado, una salvaje coge una toca de plumas que ofrece a una hermosa mujer de cabello negro, presa de una silla de ruedas, de la que se libera al instante, agachándose sin soltar su penacho indio. De fondo, en la pantalla, unos pobres robles sufren el ataque de la niebla. En unos segundos, al son envolvente de un saxo, una mujer con unas bragas plateadas echará el cuerpo hacia atrás, arqueada como un puente veneciano, antes de que la alcance el rotulador negro de una compañera de escapada.

Líbido liberada

De *Happy island* se dirá que es un paisaje encantado. Fijaos en ese loco que lanza una torta al cielo, y luego otra, como guiños a los astros. Seguid el lascivo recorrido de la señorita del extravagante vestido de tul rojo. La Ribot y sus intérpretes se atreven a abrir esa vía: descubren la sexualidad soñada, o no, por personas a las que no se les da voz a ese respecto; ni a ningún otro.

Happy island es el imperio de los sentidos alegre y sugerente. En el centro de la fiesta, la bacanal grabada que ya hemos mencionado, los jóvenes borrachos de amor en plena acción. A la vez, sobre el escenario, los bailarines, tumbados, forman un único cuerpo, un río de ternura. En un momento del espectáculo, dan testimonio, en pantalla, de este aprendizaje de la libertad. Una dice que no se imaginaba ser capaz de bailar en un escenario, y que al final ha resultado que nació con suerte. *Happy island* es un géiser que os hará volar.
